
LA REVOLUCION.

I.

La Revolucion.—Lo que no es.

ESTA palabra es muy elástica, y se abusa de ella á cada paso para seducir á la inteligencia de los hombres.

La revolucion en general es un cambio rápido que se hace en las costumbres, ciencias, artes ó letras, y, sobre todo, en las leyes y los gobiernos de las sociedades. Pero en Religion y política es el triunfo, el desarrollo completo de un principio subversivo de todo antiguo orden social.

Por lo regular, la palabra *Revolucion* se toma en mal

sentido; sin embargo, esta regla tiene sus escepciones. Así se dice: «El cristianismo causó una grande revolucion en el mundo; y esta revolucion fué muy provechosa. Lo mismo se dice: «En tal ó cual país ha estallado una revolucion, que lo ha pasado todo á sangre y fuego.» Esto tambien es revolucion; pero una revolucion muy mala.

Hay una gran diferencia entre *una revolucion* y lo que desde hace un siglo se llama LA REVOLUCION. En todos tiempos hubo revoluciones en la sociedad humana, miéntras que la Revolucion es un fenómeno del todo moderno, nunca visto.

Muchos son los que creen (porque así lo leen en los periódicos) que todos los adelantos en industria, comercio, bienestar; que todas las invenciones modernas en artes y ciencias desde sesenta años acá; muchos creen, repito, que todo esto se debe á la Revolucion; que sin ella no tendríamos telégrafos, ni ferro-carriles, ni vapores, ni máquinas, ni ejércitos, ni instruccion, ni gloria; en una palabra, que sin la Revolucion todo estaria perdido, y que el mundo volveria á las tinieblas.

Nada mas falso. Si en tiempo de la Revolucion se hizo algun progreso, no por esto le causó ella. El gran sacudimiento que ha impreso al mundo entero, habrá precipitado sin duda el desarrollo de la civilizacion material, en algunas cosas; pero en cambio lo ha detenido en muchas otras. Lo cierto es que la Revolucion, considerada en sí misma, nunca ha sido el principio de ningun progreso.

Tampoco ha sido, como se nos quiere hacer creer, la libertad de los oprimidos, la supresion de abusos invete-

radcs, el mejoramiento y progreso de la humanidad, el esparcimiento de luces y conocimientos, la realizacion de todas las aspiraciones generosas de los pueblos, etc., etc.; y de esto nos convenceremos cuando la conozcamos á fondo.

Tampoco debe creerse que la Revolucion sea el grande hecho histórico y sangriento que ha trastornado la Francia y aun la Europa al concluir el último siglo. Este hecho, mirado tanto por parte de su moderacion como en sus excesos mas espantosos, solo ha sido un fruto, un producto de la Revolucion, que en sí, es mas bien una idea, un principio, que un hecho. Es muy importante no confundir estas cosas. ¿Qué, es pues, la Revolucion?

II.

Lo que es la Revolucion, y cómo es una cuestion religiosa no ménos que política.

La Revolucion no es una cuestion puramente política, sino tambien religiosa, y bajo este punto de vista únicamente hablo de ella aquí. La Revolucion es, no solamente una cuestion religiosa, pero es la gran cuestion religiosa de nuestro siglo. Para convencerse de ello, basta la reflexion y concretar la cuestion. Tomada en su sentido mas general, la Revolucion es la rebeldía erigida en principio y en derecho. No se trata del mero hecho de la rebelion, pues en todos tiempos las ha habido; se trata del derecho, del principio de rebelion, elevado á regla práctica y fundamento de las sociedades; de la negacion sistemática de la autoridad legitima, de la teo-

ria de la rebelion, de la apologia y orgullo de la misma, de la consagracion legal del principio de toda rebelion. Tampoco es la rebelion del individuo contra su legitimo superior; esto se llama desobediencia; es la rebelion de la sociedad, como sociedad; el carácter de la Revolucion es esencialmente social, y no individual.

Tres grados hay en la Revolucion:

1.º La destruccion de la Iglesia, como autoridad y sociedad religiosa, protectora de las demas autoridades y sociedades; en este grado, que nos interesa directamente, la Revolucion es la negacion de la Iglesia erigida en principio y formulada en derecho; la separacion de la Iglesia y del Estado, con el fin de dejar á este descubierto y quitarle su apoyo fundamental;

2.º La destruccion de los tronos y de la legitima autoridad política, consecuencia inevitable de la destruccion de la autoridad católica. Esta destruccion es la última expresion del principio revolucionario de la moderna democracia, y de lo que se llama hoy dia la *sobranía del pueblo*;

3.º La destruccion de la sociedad, es decir, de la organizacion que recibió de Dios: de otro modo: la destruccion de los derechos de la familia y de la propiedad en provecho de una *Abstraccion*, que los doctores revolucionarios llaman el *Estado*. Es, por último, el socialismo, fin principal de la Revolucion perfecta, rebelion postrema, destruccion del último derecho. En este grado, la Revolucion es, ó mas bien sería, la destruccion completa del orden divino en la tierra, y el reinado perfecto del demonio en el mundo.

Formulada por la vez primera por J. J. Rousseau, y

luego en 89 y 93 por la Revolucion francesa, la Revolucion se mostró, ya en su origen, como la enemiga implacable del cristianismo. Sus furiosas persecuciones contra la Iglesia recuerdan las del paganismo. Ella sacrificó Obispos, asesinó sacerdotes y toda clase de católicos, cerró ó destruyó templos, dispersó las órdenes religiosas, y arrastró por el fango las cruces y reliquias de los Santos. Su rabia se extendió por toda Europa, rompió todas las tradiciones, y hasta llegó á creer, un momento, haber destruido el catolicismo, al cual llamaba, con desprecio, una supersticion antigua y fanática.

Sobre este monton de ruinas ha levantado un nuevo régimen de leyes ateas, de sociedades sin religion, de pueblos y Reyes *absolutamente* independientes. Desde hace sesenta años va dilatándose mas y mas, crece y se extiende en el mundo entero, destruyendo por do quiera la influencia social de la Iglesia, pervirtiendo las inteligencias, calumniando al clero, y minando por sus cimientos al gran edificio de la fé.

Bajo el punto de vista religioso, la Revolucion puede definirse del modo siguiente: La negacion legal del reino de Jesucristo en la tierra; la destruccion social de la Iglesia. Combatir la Revolucion es, por lo tanto, un acto de fé, un deber religioso de la mayor importancia. Obrando así, se obra ademas como buen ciudadano y hombre de bien, pues se defiende la patria y la familia. Si los partidos políticos de buena fé, y que conservan su honra, la combaten bajo sus puntos de vista, nosotros, los cristianos, debemos combatirla bajo los nuestros, que son mucho mas elevados, pues defendemos aquello que amamos mas que nuestra vida.

III.

La Revolucion hija de la incredulidad.

Para juzgar la Revolucion, basta saber si se cree ó no en Jesucristo. Si Cristo es Dios hecho Hombre, si el Papa es su Vicario, si la Iglesia es obra suya y tiene su mision, claro está que tanto las sociedades como los individuos deben obediencia á los mandamientos del Papa y de la Iglesia, que son los mandatos de Dios mismo.

La Revolucion, que pone por principio la independencia absoluta de las sociedades para con la Iglesia, es decir, la separacion de la Iglesia y del Estado, declara por eso solo que no cree en el Hijo de Dios, y es juzgada de antemano segun las palabras del Evangelio.

Resulta, pues, que la cuestion revolucionaria es tambien una cuestion de fé. Cualquiera que crea en Jesucristo y en la mision de su Iglesia, no puede ser revolucionario, si es lógico, y cualquier incrédulo, cualquier protestante, dejará de serlo, si no adopta el principio apóstata de la Revolucion, y no combate á la Iglesia bajo su bandera. En efecto, la Iglesia católica, si no es divina, usurpa de un modo tiránico los derechos del hombre.

Jesucristo, ¿es Dios? ¿Le pertenece el poder infinito en el cielo y en la tierra? Los Pastores de la Iglesia y el Sumo Pontífice á su cabeza, ¿tienen ó no tienen por derecho divino la mision de enseñar á todas las naciones y á todos los hombres lo que es preciso hacer ó evitar para cumplir la voluntad de Dios? ¿Existe acaso un hombre, príncipe ó vasallo; existe una sociedad que

tenga el derecho de rechazar esta enseñanza infalible, ó de sustraerse á esta alta direccion religiosa? Ahí está todo. Es una cuestion de fé, de catolicismo. El Estado debe obediencia al Dios vivo, lo mismo que la familia y el individuo. Es cuestion de vida, tanto para el uno como para el otro.

IV.

¿Quién es el verdadero padre de la Revolucion, y cuándo nació esta?

Hay en la Revolucion un misterio, un misterio de iniquidad, que los mismos revolucionarios no pueden comprender, porque solo la fé puede explicarlo, y á ellos les falta fé.

Para comprender la Revolucion es preciso remontarse hasta el padre de toda rebeldía, hasta aquel que el primero se atrevió á decir, y tiene la osadía de repetir hasta la consumacion de los siglos á su Dios y Señor: *Non Serviam*: Yo no obedeceré.

Si; Satanás es el padre de la Revolucion. Esta es obra suya, comenzada en el cielo, y que viene perpetuándose entre los hombres de edad en edad. El pecado original, por el cual nuestro padre Adán se rebeló contra Dios, introdujo en el mundo, no diré absolutamente la Revolucion, pero sí el espíritu de orgullo y de rebeldía, que son su principio: desde entónces el mal fué aumentando cada día hasta la aparicion del cristianismo, que lo combatió y obligó á retroceder.

El renacimiento pagano, mas tarde Lutero y Calvino, y, en fin, Voltaire y Rousseau, han vuelto á enaltecer

el poder maldito de Satanás, su padre, y este poder, favorecido por los excesos del cesarismo, este poder recibió en los principios de la Revolución francesa una especie de consagración, una constitución que no había tenido hasta entonces, y que hace decir con justicia que la Revolución nació en Francia en 1789.

En 1793 decía el feroz Babœuf: «La Revolución de Francia no es más que la precursora de otra revolución mucho más grande, mucho más solemne, y que será la última.»

Esta revolución suprema y universal es la REVOLUCION. Por primera vez después de seis mil años ha tenido la osadía de tomar, á la faz del cielo y de la tierra, su verdadero y satánico nombre: *La Revolución*, que es como decir *rebeldía completa y perpetua*.

Ella tiene por lema, como el demonio, la famosa palabra *Non serviam*. Es satánica en su esencia, y aspirando á derribar todas las autoridades, tiene por fin postrero la destrucción total del reino de Jesucristo en la tierra. La revolución, no hay que olvidarlo, la Revolución es ante todo un misterio del orden religioso, es el ANTICRISTIANISMO.

Así lo hace constar en su Encíclica de 8 de Diciembre de 1849 el Soberano Pontífice Pío IX: «La Revolución, dice, es inspirada por el mismo Satanás. Su objeto es destruir completamente el cristianismo, y reconstituir, sobre sus ruinas, el orden social del paganismo.» Amonestación solemne, confirmada al pié de la letra por la Revolución misma. «Nuestro objeto final, dice la Instrucción secreta de la *Venta Suprema*, nuestro objeto final es el mismo de Voltaire y de la Revolución france-

sa: Aniquilamiento y destrucción completa del catolicismo, y hasta de la idea cristiana.»

V.

¿Quién es el antirevolucionario por excelencia?

Es nuestro Señor Jesucristo en el cielo, y en la tierra, el Papa, su Vicario. La historia del mundo es la historia de la lucha gigantesca entre los dos jefes de ejército.

De una parte, Jesucristo con su Santa Iglesia; de la otra, Satanás con todos los hombres que pervierte y reúne bajo la bandera maldita de la rebelión. El combate fué terrible en todos tiempos; nosotros vivimos en una de esas épocas más peligrosas, que es la de la seducción de las inteligencias y de la organización de aquello que, delante de Dios, no es más que desorden y mentira.

El Papa y la Iglesia se encuentran ahora, como siempre, sobre la brecha defendiendo la verdad y la justicia, para con todos y contra todos, aborrecidos de muerte por los revolucionarios de toda clase, cuyas tramas y proyectos perversos descubren y desbaratan.

Uno de nuestros más ilustres Prelados estando para morir, hizo ver ya en otro tiempo el odio y los proyectos de la Revolución contra el Soberano Pontífice. «El Papa, escribía con mano trémula, el Papa tiene un enemigo, la Revolución; ese enemigo implacable, cuyo furor no pueden mitigar los mayores sacrificios, y con el